

# LA LUZ DEL PORVENIR

Gracia: 14 de Agosto de 1890.

**Precios de suscripción.**  
Barcelona un trimestre adelantado una peseta; fuera de Barcelona un año, id. 4 pesetas Extranjero y Ultramar un año id. 4 pesetas.

**REDACCION Y ADMINISTRACION**

Plaza del Sol 5, bajos,  
y calle del Cañon 9, principal.  
**SE PUBLICA LOS JUEVES**

**Puntos de suscripción**

En Lérida, Mayor 81, 2.º  
Madrid, Ballesta, 4, principal  
En Alicante, Francisco, 28  
Imprenta.

SUMARIO.—Cada uno es hijo de sí mismo.—Mútuas aspiraciones.—Meditación.—Confidencias.—Á la luna.

## CADA UNO ES HIJO DE SÍ MISMO.

Fuí á dar la bienvenida á mi buena amiga Clotilde, que acababa de llegar, mujer de muy buen trato, ilustradísima, que ha leído cuanto bueno se ha escrito, y tiene la maravillosa intuición de conocer de lo bueno, lo mejor; así es, que aprovecha sus lecturas de un modo admirable. Comienza un libro, ya sea de autor renombrado ó desconocido, y á las primeras líneas dice del libro que es un tesoro inapreciable, ó una obra medianilla, ó un atajo de disparates. Su inteligencia, de sí clara y brillante, ha adquirido con el constante estudio un caudal inagotable de conocimientos. Ecléctica por excelencia, no pertenece á ninguna religion ni á ninguna filosofía: de los ideales religiosos y filosóficos acepta lo mejor de lo mejor que poseen, y no cree en nada ni en nadie. No niega la existencia de Dios, pero no le adora en ningun altar levantado por el hombre.

Acababa de regresar de Madrid, donde ha estado algunos meses, y la encontré rodeada de varios amigos discutiendo el tema siguiente:

El hombre ni es bueno ni es malo: es una masa de blanda cera que se amolda á las circunstancias que le cercan, al ambiente que le rodea.

—Niego la tésis,—decía Clotilde en el momento de mi llegada.—Justamente he presenciado ahora en Madrid vários hechos, ó mejor, he estado haciendo un estudio que me ha dejado muy preocupada, haciéndome sospechar lo que nunca habia sospechado: que el alma humana es inmortal. Y en este caso su existencia se amolda no á las circunstancias que al presente le rodean, sino á las condiciones de su pasado.

En un mismo dia conocí á dos niños, y durante dos meses los he visto, se puede decir, diariamente: ambos tenian la misma edad; y digo tenian, porque el uno ha muerto: contarian diez ú once años.

Hablemos del que vive. Su nombre es Pedro. Es hermoso, hermosísimo, con un cutis mas blanco que la nieve, unos ojos azules que hacen creer en los cielos y una espléndida cabellera de un color rubio pálido que le cae sobre los hombros, naturalmente rizada. Heredero de un nombre ilustre y de vários títulos de Castilla, es el encanto de su madre, señora buenísima, que se casó por amor, y que, habiendo perdido á su esposo, se ha consagrado por completo al cuidado de su hijo. Le quiere tanto, que no se fía que el niño salga con su ayo ó con alguno de sus profesores. Ella asiste á todas sus lecciones, le acompaña á pasear, le desnuda, le acuesta y no se



separa de él hasta que queda profundamente dormido. Si algún sér ha crecido entre delicias, es, sin duda, Pedro: habita en un palacio, su lecho es un nido de plumas, blondas y flores; rodéanlo amor y las consideraciones, y no vé nada que pueda endurecer sus sentimientos. Y sin embargo Pedro ódia todo lo bello y se complace en destruir cuanto encuentra á su paso.

Su palacio está rodeado de extensos jardines. Paseándome un dia por ellos mientras aguardaba á su madre, llamóme la atención no ver una sola flor á pesar de haber muchísimos rosales y otras plantas que debían tenerlas en abundancia. Pregunté la causa al jardinero; que con acento en que se revelaban la contrariedad y la pena, contestó:

—En cuanto el señorito puede burlar la presencia de su madre, en un abrir y cerrar de ojos arranca todos los capullos que encuentra, y si hay alguna camelia abierta ó alguna rosa, la deshoja con una prontitud que asombra. Al llegar su madre, le enseña todos los capullos pisoteados y le dice:

—¡He ganado la batalla; mira cuántos soldados he muerto!—La señora, que es una santa, le amonesta horas y horas, y le dice.. ¡qué sé yo! que las flores sienten... y que es un criminal el que las maltrata; pero ¡que si quieres! en cuanto puede vuelve á las andadas, y si no hay capullos que arrancar, troncha ramas, destroza canastillos, apedrea á las estátuas, en fin él hace mas daño que un terremoto. ¡Y su cara parece la de un ángel! .. ¡Le digo á V. que se ven unas cosas tan raras!.....

En esto llegó la condesa, y como viese unas varas de azucenas mutiladas; volvióse á mí, diciéndome tristemente:

—¡Qué cruz tengo, amiga mia, qué cruz tengo! ¡Mi hijo parece el génio de la destrucción! Tiene horror á lo bello: no goza mas que destrozando. Estos jardines pronto parecerán incultas selvas. Yo no sé de quién toma esos feroces instintos, porque ninguna persona extraña ha tenido contacto con él. Yo lo amamanté, yo lo he vestido siempre, yo he sido su niñera, su aya, su preceptora, pues aun que tiene ayo y maestros, en realidad yo lo soy todo para él. No puedo decir que de otros ha aprendido la destrucción y la crueldad; porque, además de que pongo especial cuidado en la elección de las personas que han de rodearle, procurando que sean personas dignas y de elevados sentimientos, al fin y al cabo han de ser figuras puramente decorativas, porque yo las sustituyo á todas. No ha pisado ni pisará ningún colegio; no vé mas que buenos ejemplos, amor á los pobres, protección decidida á los animales y á las plantas, y no obstante, todo su afán se dirige á destrozarse flores, romper jarrones y estátuas y martirizar á los pájaros. ¿Porqué mi hijo es tan enemigo de lo bello? ¿Porqué ha de poner en la destrucción todos sus goces?

En esto llegó Pedro. Dejóme deslumbrada su espléndida belleza. Nadie habria adivinado en aquellos hermosos ojos la perversidad de sus instintos. Su madre le contempló con inmenso amor, como si quisiera á fuerza de cariño transformar á aquel Calígula en embrión en un nuevo Jesús.

## II.

No me hubieran impresionado tanto las diabluras de Pedro, si al llegar á casa de mi hermana no hubiese visto á ésta sentada en la cocina, hablando con un niño que vendía arena. Era un chicuelo moreno, muy moreno, con el cabello cortado, pero bastante largo para que se viese cuan enmarañado y súpido lo tenía. No llevaba medias ni zapatos; su pantalón era de un color indefinido, y su camisa cenicienta, desabrochada, dejaba ver un pecho hundido y huesoso. Desde luego me hubiera sido, si no repugnante, antipático, á no haber visto á mi hermana hablándole y son-



riéndole cariñosamente. Me acordé de Pedro y murmuré: ¡qué diferencia! Para aquel... ¡todo!... para éste... ¡nada!... Y... ¡quién sabe! tal vez éste valga más.

Mi hermana, como si adivinara mi pensamiento, me dijo que lo había detenido esperando que yo llegara, para que hablara con él.—Aquí tienes un buen libro,—añadió—en este niño tiene cabal cumplimiento aquel refrán que dice que debajo de una mala capa se encuentra un buen bebedor. Aquí le dejo contigo: habla con él, y estudia.

Marchóse mi hermana, y me quedé sola con el chiquillo, que me miraba á hurtadillas como receloso, como si no le inspirara gran confianza. Por decir algo le pregunté: ¿Cómo te llamas?

—Lino.

—¿Tienes familia?

—No.

—¿No tienes á nadie?

—Sí, á la tía Esperanza, que está ciega y pide limosna á la puerta de San Isidro: por la noche la recojo, y nos vamos á una covacha que nos dá un carbonero en la ronda de Embajadores.

—¿Y te quiere tu tía?

—Cuando no se embriaga me quiere mucho; pero como siempre bebe, cuando está bebida me pega, y me pega sin motivo, hasta que se cae. Mis compañeros me dicen que soy un tonto en ir á buscarla y en darle cuartos; mas como me acuerdo de que ella me daba de comer cuando yo era chiquitín, me parece que tengo obligación de darle lo que gano.

Al oír tal razonamiento, miré á Lino con dulzura y le besé con el mayor cariño. Aquella caricia le reanimó, y continuó diciendo:

—Mis compañeros me dicen que me emancipe, y yo no me quiero emancipar: aunque mi tía Esperanza tiene muy mala bebida, el día que no bebe, nos vamos á casa contentos, me compra merengues, me abriga con su mantón, me habla de mi madre, á quien ella quería mucho, me dice que no quite nada á nadie y nos dormimos tan á gusto!.....

—¿Tenéis cama?

—¡Quiá!... no, señora; un montón de paja, y un lio de trapos. Y, sin embargo, nada les envidio á los ricos, como no sea las flores que tienen en sus jardines.

—¿Amas las flores?

—¡Si las amo!... ya lo creo: ¡se me pasan las horas muertas en la plazuela de Santa Cruz, donde las hay muy bonitas!.. Mi ambición se cifra en llegar á ser jardinero.

En este punto de nuestra conversación nos hallábamos, cuando entró mi hermana, que había oído las últimas palabras, y dijo:—Mira si le gustan las flores, que hace unos días trajo una macetita de albahaca, pidiéndome que se la tuviera en la ventana de la cocina, y todos los días viene á verla, la riega, y la contempla como embobado. ¿No te decía yo que en este chiquillo hay no poco que estudiar?

¡Qué ambiente tan distinto rodeaba á los dos niños! El uno vivía en el regazo maternal, entre perfumes y ráfagas de luz; su lecho era una concha de nácar envuelta en niveos encajes; su casa, un palacio de hadas: era bello cuanto le rodeaba, y él gozaba en la destrucción. Pisotear los capullos y destrozar las plantas, eran sus juegos predilectos. ¿Correspondían sus perversos instintos al ambiente que respiraba? No. En cambio, ¿cómo vivía el otro desventurado? Sin madre, sin cariño y sin hogar. Por todo amparo contaba con una protectora ciega de cuerpo, y con



frecuencia también ciega del alma, embrutecida por el continuo abuso del alcohol. Su lecho era un montón de paja. Veíase golpeado brutalmente, y sin embargo había en aquel sér desheredado un gran sentimiento de justicia, y un amor inmenso: olvidaba el constante agravio para recordar únicamente el bien recibido en sus primeros años; y por si esto no era prueba bastante de la dulzura de su carácter, amaba con delirio lo que aman los corazones dulces, las flores. El que vagaba siempre de calle en calle, sin mas refugio que una covacha donde descansar por la noche, entre paja y polvo de carbon, de las fatigas del dia, pedia por caridad á un alma generosa que le dejase tener en su casa una macetita de albahaca. Aquel amor á lo bello, aquel sentimiento delicadísimo, ¿era efecto del ambiente que le rodeaba?

Ví á Lino todos los dias por espacio de dos meses. Entraba en la cocina; mi hermana le daba de almorzar; comía de pié junto á su macetita, de la cual no apartaba los ojos; hablaba con nosotras, y se despedía dirigiendo su última mirada á su tesoro.

Yo no me cansaba de contemplarle: veía en su rostro macilento algo que me atraía de una manera poderosa.

A pesar de estar mejor alimentado, Lino iba enflaqueciendo por momentos. Un dia vino llorando amargamente diciendo con el mayor desconsuelo que á su tía Esperanza, la habían llevado al Asilo del Pardo, de órden del cura de San Isidro, por los escándalos que armaba á la puerta de la iglesia. Dirigióle mi hermana palabras consoladoras, diciéndole que en lo sucesivo le tendría en su compañía hasta que estuviese instruido, y se le encontrase una colocación ventajosa. Demostró Lino su agradecimiento más que con palabras con la expresión de sus ojos; pero el agradecimiento no disipó su tristeza. “¡Pobre tía Esperanza!—decía y repetía el muchacho;—ya no volveré á verte más; ya no volverás á abrigarme con tu mantón, como solías. ¡Pobre tía Esperanza!”

Mi hermana hizo prodigios: en pocas horas, Lino quedó desconocido. Limpio, cortado el cabello y vestido, parecía otro. Entonces notamos la extrema delgadez de su cuerpo, y nos alarmamos. Hicimos venir á un médico, quien, despues de reconocerle, nos dijo:—Ese niño tiene una afección al corazon: para él no hay remedio, vivirá muy pocos dias.

En efecto, á los ocho dias moría Lino abrazado á su maceta que se había hecho llevar á la cabecera de su cama, y repitiendo dulcemente el nombre de su tía ..

Mi hermana y yo le acompañamos al cementerio, y sobre su tumba esparcimos las hojas de su planta predilecta.

Hé aquí porque he dicho que no es el medio en que se vive lo que determina el modo de ser del hombre. Mientras séres que como Pedro viven en plena luz, son almas opacas, tenebrosas; seres que viven en plena oscuridad, son almas esplendorosas, radiantes, soles de primera magnitud en el cielo de las virtudes. ¿De dónde les viene la sombra á los unos y la luz á los otros? ¿Dónde aprendieron á ser justos los que fueron siempre víctimas de la injusticia; á amar, los que no conocieron sinó la mofa, el abandono y los malos tratamientos? ¿Cómo han podido ser dulces los que en el cáliz de la vida, no bebieron sinó amarguras? ¿Y cómo han podido ser ásperos, crueles, desalmados, los que sólo vieron á su alrededor ejemplos de ternura, de piedad, de compasion?

Lo ignoro; pero estas contradicciones destruyen el supuesto de que cada uno es hijo del medio que le rodea, y dan testimonio de que el hombre, en su naturaleza, hay algo própio, subjetivo, que se sobrepone á todo lo objetivo y circunstancial de



su existencia. Empiezo á sospechar, como decia al principio, que somos hijos del pasado y no del presente. ¡Quién sabe! ¿tendrá razon el espiritismo moderno afirmando la pluralidad de las existencias del alma?

. . . . .

Lo que para Clotilde no es mas que una sospecha, para mí es una conviccion profunda. El medio en que vivimos solo influye decisivamente en nosotros cuando se adapta á nuestras condiciones subjetivas. El espíritu lleva su ambiente propio, que determina su modo de ser, sus sentimientos, sus vicios ó sus virtudes.

**Amalia Domingo Soler.**

## MUTUAS ASPIRACIONES.

### A MI QUERIDA HERMANA CONCHA CUIEL.

Tú, como yo, buscamos con afán la verdad infinita, eterna é imperecedera, por entre los hermosos senderos que en nuestra humilde inteligencia trazó ese destello de la divinidad llamado ciencia, para poder ver un dia los mágicos efectos de su luz dorando la feliz existencia de humanidades dichosas.

Tú, como yo, anhelamos descorrer los misteriosos velos que cubren á nuestra vista las sublimes bellezas de la Creacion, para poder embriagarnos con los inefables placeres que proporcionan al espíritu el sentimiento de lo bello en su mas grande acepción.

Tú, como yo, remontándonos en alas de nuestros ideales á las mas radiantes esferas de la progresion, queremos arrancar los inmensos goces que se suceden entre aquellos que lograron subir validos del estudio y el trabajo á las gloriosas etapas del adelanto, para con ellos, poder sembrar en la humanidad que agitada por las pasiones se revuelve en este planeta, una semilla divina cuyo bendito fruto es el amor.

Tú, como yo, deseamos que todos los séres de la tierra al aspirar una purísima atmósfera, la de la fraternidad, creada en el fondo de las almas por el desarrollo de nuestras doctrinas, arrojen lejos de sí esas bastardas pasiones de que se hallan hoy poseidas, como tétricas nubes que empañan la pureza del cielo de su felicidad.

Tú, como yo, esperamos oír por instantes el estruendo que formarán al caer convertidos en polvo esos fatídicos trastos que representan á instituciones contrarias por todos conceptos á la civilizacion y al progreso, para poder gritar con toda la fuerza de nuestros pulmones: ¡Ya somos libres! ¡Ya somos hermanos! Ha sucumbido todo lo viejo, todo lo carcomido! Los estorbos que se oponian al paso de la Verdad han desaparecido ante el vivífico soplo del progreso; y este triunfante al fin, cual espléndido sol se ha anunciado por entre el horizonte de los tiempos fundiendo al calor de sus refulgentes rayos todos los corazones en uno, todas las almas en una. Ya las pasiones no existen; las diferencias acabaron. Todos, todos somos iguales, porque todos marchamos á compás de esos grandes ideales que se llaman Amor, Justicia, Bien y Fraternidad.

¡Ah! ¿Serán sueños todos estos nobles descos que alimentamos? ¿Es posible, que solo sean vanas quimeras forjadas al calor de nuestra ambicion por el bien social, todos estos anhelos que forman hoy el sentimiento latente de nuestro espíritu?

No, y mil veces no. La ley tiene que cumplirse, porque las leyes de la creación



son indubitables; y esa ley poderosa, incontestable y eterna que es la del progreso nos llevará paso á paso á la realización de nuestros sueños de hoy. Negar esto, sería negar los principios indiscutibles de nuestra filosofía; principios que nos señalan como norte el adelanto, como guía el estudio. Sería negar la historia cuyos anales nos demuestran el progreso hecho por el tiempo en las humanidades que se suceden.

Pero no porque al progreso le sea dado verificar esas grandes obras, hemos nosotros de abandonarnos en brazos de la inercia, que eso equivaldría á estacionar la ley en lo que respecta al adelantamiento moral que ambicionamos. Todo lo contrario; nosotros los espiritistas, los que creemos que la humanidad tiene necesaria é imprescindible que regenerarse á impulsos de esa ley debemos ser los primeros en lanzarnos á la lucha, coadyuvando con nuestro humilde átomo á la obra emprendida.

¡Ah, cuánto tenemos que luchar! ¡Cuántos obstáculos hay que vencer, para que podamos derrumbar las innumerables barreras que hoy se oponen á la marcha triunfal de nuestros ideales!

A veces parece decaer nuestro ánimo y desmayar nuestra fé, cuando tendemos una mirada investigadora hacia el seno de la sociedad humana. Por un lado vemos infinidad de seres ciegos de la razón, caminando en alas de su torpe ignorancia á escuchar la palabra de un holgazán, que los explota con la idea de un Dios raquíptico y mezquino, y que llena sus cerebros de sofismas y misterios, cimentando así el veneno de las doctrinas: el fanatismo. Por otro lado, vemos infinidad también, de seres abyectos; unos embriagados rodando por el inmundo suelo de una taberna, otros levantando el puñal que gotea sangre después de haber saciado sus instintos de fiera en la vida de un compañero, de un hermano; y otros ora perdiendo sus haciendas en el juego, ora concertando mil clases de venganzas, intrigas, robos y asesinatos, fanatismo, odios, guerras y desbordamiento de pasiones. Hé aquí en resumen la perspectiva que presenta el cuadro de muy buena parte de la sociedad.

Al contemplar todo esto, el frío del decaimiento se apodera de nuestro espíritu y entonces parece que una voz interior que repercute en nuestro cerebro, nos dice helándonos la sangre: "Ese ha sido, es y será el sistema de vida en el planeta Tierra. Desde su constitución hasta su aniquilamiento no cesarán de haber en él odios, guerras y todo lo que implique atraso, porque la inmensa mayoría de los espíritus que en él encarnan pertenecen á un grado de ignorancia bastante deplorable. No te molestes en luchar, sería en vano; que este será siempre planeta de expiación y sufrimiento."

Pero esta penosísima impresión dura muy poco; porque muy pronto otro eco sonoro y argentino, el de la razón, se deja sentir allá desde el fondo de nuestra conciencia, diciéndonos con voz que infunde valor á nuestro espíritu y entusiasmo y fé á nuestro ánimo:

"No volvais á dejar repercutir en vuestros cerebros la voz que os habló antes; que es la voz del cobarde que teme, del que no cuenta fuerzas con que luchar, ni valor con que vencer. Y el espiritista no debe ser cobarde, porque en su poder está el arma que mejor garantiza la victoria: la Razon.

"Luchad pues, sin que por un momento desmayen vuestras fuerzas, que la lucha es la vida, y la misión que os ha traído á este planeta. Si os dicen que siempre permaneceréis estacionados, gritad que es falso, que el estacionamiento en la vida universal no existe. Podrá detenerse por un momento el triunfo completo de la Verdad.



del Bien, del Amor y de la Justicia, pero estos altos ideales al fin, como ramificaciones del Poder Absoluto que todo lo envuelve, imperarán en vuestro planeta convirtiéndose en realidad vuestras mútuas aspiraciones.—JOSEFA RIQUELME.

Zaragoza 23 de Julio de 1890.

## MEADTACION.

“¿Quién es el hombre que no ha pasado largas horas buscando lo verdadero y lo justo, y otro tanto tiempo en someter sus pasiones á las leyes del deber?...”

El ser que profundamente piensa en el deber de conciencia, se afecta ante las luchas que establece su espíritu, y siente la nostalgia que produce la realidad amarga, que los desengaños le presentan y que le sirven de norma y guía, para no caer en las debilidades que corroen las agrupaciones que viven en el fuego de sus pasiones, con la superficialidad por alimento. Meditando compara esa nostalgia que le entristece hija de la experiencia que recoge, con las alegrías fugaces que le atraían responsabilidades y hastío y siente su espíritu mas tranquilo y sereno por que comprende que aunque amarga la verdad, es una, y esta, está dentro de todo lo que refleja puridad, sencillez y amor. Si; amor, necesidad de las almas que llenas de sentimientos de ternura, buscan otras en quienes depositar el tesoro que poseen, y reanimando sus facultades con las reflexiones, las conducen por medio del amor á las conquistas de sus derechos, por el áspero pero seguro camino de sus ineludibles deberes dentro de la moral. Y así como el fénix renace de sus cenizas así los seres que sufren moralmente, calcinados sus corazones en las llamas de las injusticias, renacen á la vida del alma, y con las doradas plumas de sus hermosas aspiraciones vuelan y se mecen sus conciencias por cima de tantas y tantas amarguras, y hé aquí que estas manifestaciones espirituales se consideran, por los que así no viven ni sienten, como idealismo de fanáticos, efecto de la fantasía de sus mismas creaciones, pero en medio del cuadro que ofrecen los positivistas que se enriquecen con el alarde sentimental del amor pátrio, por base, sintiendo solo el amor egoísta de sus fines lucrativos, como preciso contraste se destacan esos seres, que son la panacea social que hoy elabora sus sentimientos y criterios, con la práctica sustancial, y que ella ha de armonizar el mejor modo de vivir: es preciso quitar el antifaz á los que quieren ocultar la verdadera luz que simboliza la regeneración de la humanidad porque sin el progreso moral que las virtudes señalan, no hay mas que una vida ficticia mas ó menos duradera, porque la decadencia y el hastío ha de suceder á la embriaguez que existe, por la cual se va al caos, á la incertidumbre á la desesperación; por que el fuego de las pasiones no se apaga sino en el manantial cristalino que esclarece las conciencias, cuando se reconocen los errores que como nubes tormentosas las asfixiaba, entonces se desea aspirar en otra atmósfera mas purificada donde existe la tolerancia, justicia y amor al bien.

Hay que convencerse que una ley divina está constantemente fallando juicios, que se cumplen en diferentes manifestaciones, operando con el sufrimiento la sanción que justifica la justicia ineludible de la que no se escapan, los que se creen privilegiados, porque esta es la única infalible porque su autor es Dios; amemos el bien dentro de la virtualidad, y así el bien será nuestra inmensa fortuna, la que legaremos como herencia á la humanidad.

Loja 10 Julio 1890.

CONCHA CURIEL FLORES.





## CONFIDENCIAS.

## I.

¿Que sufres mucho? ¿Que están tus ojos  
Siempre cansados de sollozar?  
¡Oh! No lo creo, aunque de hinojos  
Me lo confiesen tus lábios rojos,  
¡Tú ignoras, niña, lo que es penar!  
¡Fú que la vida siempre has cruzado!  
Sin saber nunca lo que es sentir,  
Y tu pié breve tan solo ha hollado,  
Haces de rosas en verde prado  
Y campos de oro, grana y zafir!  
¡Tú, á quien ofrece, niña hechicera,  
Sus transparencias al lago azul,  
Sus alegrías la primavera,  
Trin-s las aves de la pradera  
Y el horizonte su broche azul!

## II.

Cuando la muerte de un ser querido,  
De llanto inunde tu hermosa faz,  
Y de tu pecho vuela el gemido  
Comoavecilla que pierde el nido  
Sin hallar nunca reposo y paz;  
Cuando buscando dulce consuelo  
Al pié del ara vayas á orar,  
Y allí, postrada con hondo anhelo  
En tu alma pura sientas con duelo  
De impía duda la voz gritar;  
Cuando afanosa tras de la ciencia  
De sus verdades vayas en pos,  
Como la duda tras la conciencia,  
Como la lucha tras la existencia  
Y como el alma tiende hacia á Dios;  
Cuando tras largas meditaciones  
La ansiada meta creas tocar,  
Y encuentras solo ¡ay! *decepciones*  
Que ván tronchando tus ilusiones  
Como á las flores el vendaval;  
Cuando hayas visto la hermosa palma  
De tu esperanza, niña, morir,  
¡Sabrás entonces lo que es del alma  
Haber perdido la dulce calma!  
¡¡Sabrás entonces lo que es sufrir!!

SUCESO LUENGO.

## A LA LUNA.

Lámpara de la noche, astro esplendente,  
de cuyo disco suave y argentado  
cuelgan hilos de luz, haz refulgente  
por átomos de plata salpicado;  
al recorrer del cénit blandamente  
el pabellón celeste y estrellado,  
¿no tendrás para el alma sin fortuna  
un rayo de tu luz, pálida luna?

EUGENIA N. ESTOPA.